26 de Julio: Santos Joaquín y Ana, padres de la Virgen María: Mt 13, 16-17

En este día venera la Iglesia a los padres de la Santísima Virgen. Nadie puede certificar que se llamasen Joaquín y Ana, aunque es una tradición bastante antigua. Lo importante es saber que Dios tuvo que poner a la que iba a ser su madre dentro de un hogar muy religioso, donde María pudiera tener una excelente educación y pudiera fácilmente dirigir sus pasos hacia Dios.

La devoción a santa Ana es mucho más antigua que la de san Joaquín. Por el siglo V y VI encontramos algún templo en honor a santa Ana, como madre de la Virgen. Los datos que conocemos de sus nombres y algo de sus vidas se deben a libros, que llamamos apócrifos, porque la Iglesia no los reconoce inspirados.

Son libros devocionales para suscitar la devoción queriendo completar datos del evangelio. Los dos principales son: “el libro sobre la Natividad de María” y el “protoevangelio de Santiago”. Joaquín viene a ser de Nazaret y Ana de Belén.

Se casaron y eran justos ante Dios; pero durante veinte años no pudieron tener hijos. Entonces acudieron al Señor prometiendo que, si tenían algún hijo, lo consagrarían al servicio de Dios. Para ello iban al templo de Jerusalén en las fiestas principales a ofrecer un sacrificio.

Como la esterilidad se consideraba como una maldición de Dios, un sacerdote rechazó el sacrificio de Joaquín. Éste, lleno de vergüenza ante sus paisanos, no quiso volver a su tierra, sino que fue al desierto a seguir suplicando a Dios. Ana hacía lo mismo desde su casa.

Un día un ángel visitó a Joaquín anunciándole que iba a tener una niña, en la cual Dios se iba a complacer. Ana también recibió el mismo mensaje. Según uno de estos libros ya vivían en Jerusalén y en la puerta Dorada tuvo lugar el encuentro de los dos esposos llenos de alegría.

Como estos libros son devocionales, es muy difícil saber hasta dónde hay algo de histórico. Muchas cosas se escribían imitando lo que estaba en la Sagrada Escritura. Por eso hay semejanzas con el anuncio del nacimiento del profeta Samuel a su madre Ana. También con lo relativo a los padres de san Juan bautista.

Hoy para nosotros lo importante es honrar a estos padres en cuyo hogar se formó la personalidad y santidad de María, aunque la gracia viniera directamente de Dios. Honramos a los abuelos de Jesús. No sabemos si Jesús niño tuvo el consuelo de ver y experimentar las caricias de sus abuelos; pero es la ocasión para pedir por todos los abuelos y para que abunde más la ternura del hogar.

El evangelio breve de hoy se basa en unas palabras de Jesús que pronuncia cuando está explicando la comprensión o no de las parábolas. Jesús está exponiendo lo principal del Reino de Dios en forma de parábolas y explica que lo hace así porque los que tienen mala voluntad, como los fariseos, no desean ver la grandeza de las enseñanzas de Jesús. Así en parábolas no quedan deslumbrados, pues la verdad sin más les haría ir más contra Jesús.

Pero los apóstoles, dice Jesús, son “dichosos porque ven” lo que Jesús quiere decir, como igualmente los de sencillo corazón. Estas palabras hoy la Iglesia las aplica a los padres de María, porque a través de las gracias que Dios va derramando sobre ella, ellos son conscientes más de la presencia de Dios.

Los israelitas esperaban los días mesiánicos, pero estaban como ciegos creyendo que el Mesías les iba a libertar de opresiones materiales. María estaba llena de gracia. ¿Lo llegarían a comprender de alguna manera sus padres? Dios les daría gracias para comprender que aquella niña tenía algo especial, por lo cual Dios se complacía en ella.

Así hoy la Iglesia, ante los padres de la Virgen exclama: “Dichosos vuestros ojos porque ven… Muchos profetas lo hubieran deseado ver”.